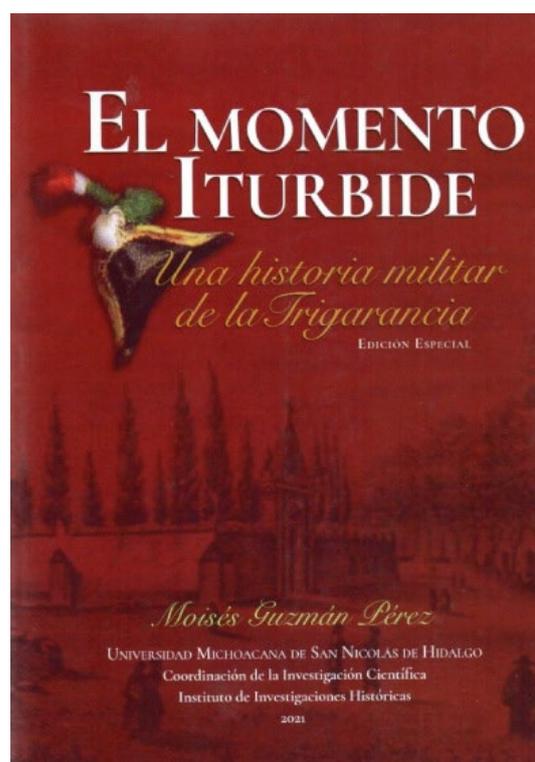


Moisés GUZMÁN PÉREZ: *El momento Iturbide. Una historia militar de la Trigarancia*, Morelia, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2021, 289 pp., ISBN: 978-607-542-202-2.

Josep Escrig Rosa
Universidad de Salamanca

De Nueva España a México: continuidades y rupturas en la transición.

A finales de mayo de 1822, un eclesiástico de nombre desconocido predicó un sermón en Zatecas con motivo de la elección del general Agustín de Iturbide como emperador del Imperio mexicano. En él recordó que dicho militar había sido el centro de todas las atenciones durante los meses en que se desarrolló el movimiento independentista, entre febrero y septiembre de 1821. Entonces, decía este religioso, “Iturbide resonaba en las casas, calles y plazas de todos los lugares”. “Iturbide -añadía- era el asunto de las conversaciones más gustosas. Iturbide el objeto de las canciones más alegres”. La impresión, aunque hiperbólica, da cuenta del prestigio que adquirió el “libertador” en aquella coyuntura, convirtiéndose en el foco de todas las miradas. Otros documentos



de distinta naturaleza -folletos, estampas, versos, pasquines- se refirieron a él en términos semejantes. Sin duda, el general se convirtió en el protagonista simbólico de la empresa emancipadora. No obstante, también es cierto que en ella participaron distintos actores que, desde sus particulares posibilidades y expectativas, la apoyaron o le hicieron frente. Ese tiempo puede sintetizarse en el título de la obra que nos ocupa: *El momento Iturbide*. Su autor, Moisés Guzmán Pérez, se encuentra entre los mejores conocedores de la guerra de la Independencia mexicana. A los años del conflicto ha dedicado buena parte de sus trabajos, aportando novedosos temas y renovadas perspectivas para su estudio. Además, sus pesquisas le han permitido recuperar documentos desconocidos o perdidos.

En esta ocasión, su último libro fue concebido con miras al Bicentenario de la llamada “consumación de la Independencia”, que tuvo lugar en 2021. En el ámbito

académico, con motivo de esta conmemoración, han visto la luz algunos volúmenes de autoría individual y colectiva que pretenden llenar los vacíos existentes en torno al momento de la ruptura. Se trata de aportaciones significativas, aunque desiguales, si bien en una cantidad menor en comparación a las que vieron la luz en el aniversario de 2010, con motivo de los doscientos años del estallido insurgente. Y es que en los imaginarios colectivos sigue teniendo más peso y relevancia 1810 que 1821. Esta segunda fecha, que enlaza con el tiempo del Primer Imperio (1821-1823), continúa resultando bastante desconocida entre la sociedad. Aún constituye una tarea para los historiadores explicar su relevancia en el marco de la crisis de la monarquía española, cuya descomposición llevó al surgimiento de distintos Estados nación a ambos lados del Atlántico. En buena medida, de ello depende que empiecen a cambiar ciertas interpretaciones sobre la independencia que se resisten a desaparecer.

En *El momento Iturbide*, Guzmán Pérez adopta el enfoque de la historia militar para analizar aquello que rodeó la Trigarancia, el movimiento armado por la emancipación de México en torno al lema *Religión, Independencia y Unión*. Como señala el autor, dicha disciplina se diferencia de la historia de la guerra, generalmente enfocada en las batallas, para abrirse a otros temas con los que puede relacionarse y de los que se enriquece. De hecho, su propuesta considera que el cruce de perspectivas es lo que permite un acercamiento más complejo y menos reduccionista. En un sentido inclusivo, pone atención sobre todo aquello que rodea al mundo militar, apoyándose en la historia política y el enfoque cultural. No en vano, la independencia de 1821 fue en buena medida el resultado de una empresa militar en la que jugaron un papel clave los pactos políticos, la propaganda y las manifestaciones simbólicas. Hace unos años Rodrigo Moreno dio cuenta del entramado en torno al cual se gestó el movimiento trigarante y los acuerdos a los que se tuvo que llegar en las provincias para que el plan separatista fuera aceptado. Por su parte, desde antes Juan Ortiz y la historiografía regional nos habían señalado ya las dificultades que encontró el proyecto de independencia para ser aceptado por algunos ayuntamientos y diputaciones provinciales. Como ahora remarca Guzmán Pérez, sobre una amplia base bibliográfica y documental, el proceso estuvo atravesado por elementos de ruptura y persistencia, por aristas y puntos de fuga. En su obra se aportan nuevos datos para demostrarlo y se desmontan viejas creencias hasta ahora arraigadas sin demasiadas pruebas. Los cuatro capítulos en que se organiza articulan un entramado coherente que permite al autor sintetizar, de una forma didáctica, algunos de los entresijos del movimiento militar que llevó al nacimiento del México contemporáneo.

El primer capítulo gira en torno al contexto en que el movimiento trigarante se conformó en unas circunstancias bastante excepcionales. En consonancia con las tendencias historiográficas actuales, Guzmán Pérez señala la importancia de la revolución española de 1820 como detonadora de la crisis. El restablecimiento de la Constitución

de 1812 no alentó la tranquilidad y el entendimiento, como pensaban ingenuamente las autoridades peninsulares. Más bien supuso todo lo contrario. Tras una década de guerra, con ensayos liberales y absolutistas, cada vez resultó más evidente que el marco que diseñaba la Carta gaditana era insuficiente para mantener la unidad de la nación bihemisférica. Aunque dicho Código seguía siendo un referente del cambio, sus limitaciones se hicieron evidentes. A ello se sumó el descontento con las Cortes y los programas de reforma que afectaban al clero y al ejército. De este modo, en el virreinato novohispano el inicio del segundo momento constitucional supuso un reto para las autoridades que no fue fácil de gestionar. Las reuniones secretas proliferaron al tiempo que los focos insurgentes recobraron parte de su vitalidad. En esa tesitura, en torno a Iturbide se tejió una red de contactos que hizo posible pensar que la alternativa emancipadora era viable. Ésta se concretó en el Plan de Iguala, del 24 de febrero de 1821. Guzmán Pérez y otros autores se han referido a él como un “plan magistral” o “plan admirable”. Ciertamente, con dicho documento se puso fin a una década de guerra sin apenas enfrentamientos armados. Sin embargo, el consenso coyuntural alcanzado mostraría muy pronto sus limitaciones, dando lugar a renovados conflictos políticos en los que se discutía sobre la orientación futura del país. La transacción y el consenso en aquella coyuntura no amortiguaron los problemas derivados del disenter de pareceres.

El Plan de Iguala sancionó la creación del nuevo Ejército Imperial Mexicano de las Tres Garantías. En adelante, tuvo lugar lo que Guzmán Pérez denomina la “revolución de los militares”, dado que fueron una parte de éstos quienes se ocuparon de negociar y presionar en las provincias para que el movimiento trigarante fuera aceptado. Desde las regiones se avanzó sobre la capital, donde se produjo la entrada triunfal de Iturbide el 27 de septiembre. Como decíamos, las armas decidieron el triunfo de la opción independentista y el derrumbe del desprestigiado régimen virreinal. Pero ese éxito estuvo estrechamente relacionado con la campaña de proselitismo desplegada en favor de la causa separatista. Como se aborda en el segundo apartado, la recuperación de la libertad de imprenta alentó una guerra de papeles e ideas en la que se vio involucrada de una u otra forma toda la sociedad. En los coliseos, cafés, iglesias, calles, plazas, mercados se hablaba y comentaba sobre las novedades del día. A partir de entonces se configuró más claramente una opinión pública moderna de la que participaron por igual revolucionarios y serviles. Los independentistas fueron muy activos a la hora de dar a conocer noticias favorables a su empresa. Además de los sermones y la numerosa publicística, Guzmán Pérez ha contabilizado 7 periódicos y 12 imprentas trigarantes, la mitad de ellas portátiles. Conscientes de lo que estaba en juego, civiles, militares y eclesiásticos se involucraron en ese afán propagandístico.

En *El momento Iturbide* se presta una especial atención al proceso de construcción simbólica de la Trigarancia. Como se da cuenta en el tercer apartado, dicho proceso

estuvo plagado de importantes continuidades y significativas rupturas. Entre las primeras encontramos la supervivencia de las distinciones realistas tras la independencia. Las banderas antiguas se utilizaron hasta mayo de 1821, cuando en una circular se ordenó el uso de los colores blanco, verde y encarnado. Por tanto, no parece ser cierto el relato nacionalista que situaba en Iguala la confección de la primera bandera tricolor. Además, entre los nuevos aportes encontramos la creación del Ejército Imperial y del Estado Mayor, así como la invención del título de Primer Jefe. De acuerdo con Guzmán Pérez, tan importante resultaba vestirse de forma adecuada que hay indicios para apuntar que las tropas insurgentes, al mando de Vicente Guerrero, no desfilaron al completo el 27 de septiembre en la capital por carecer de los uniformes apropiados. La reordenación simbólica a la que nos estamos refiriendo también implicó la instauración de nuevas fechas conmemorativas, como las relativas a la promulgación del Plan de Iguala, la jura de la independencia o la entrada de los trigarantes en la ciudad de México. Finalmente, incluso podemos considerar una novedad del tiempo de las revoluciones la creación de la figura del Generalísimo. En Nueva España lo fueron Hidalgo, Allende, Morelos e Iturbide. En el cuarto capítulo se exploran las condiciones en que cada uno de ellos llegó a dicho empleo y lo que supuso desempeñarlo. En particular, el líder trigarante optó por la concentración del poder en su persona, lo cual le llevó a crecientes desencuentros con la Junta Provisional Gubernativa y el Congreso Constituyente. Una vez elevado al trono, Agustín I actuó de forma autoritaria, en momentos cercana a la reacción. Las promesas de concordia realizadas durante el tiempo de la independencia se habían esfumado. El fin del entendimiento y la creciente pérdida de confianza supusieron también la caída del emperador en marzo de 1823.

En suma, *El momento Iturbide* presenta desde la disciplina de la historia militar una mirada renovada sobre el movimiento trigarante, siguiendo la estela de los trabajos previos que han caminado en esa dirección. Cada vez vamos sabiendo más sobre el tiempo de la consumación de la Independencia y del Primer Imperio, aunque continúa abierto el debate. Muchas de las fuentes sobre el periodo resultan conocidas, otras continúan a la espera de ser puestas en valor. Esperamos que el fin del Bicentenario no suponga devolver al olvido historiográfico la etapa de transición apuntada.